

Un acuerdo para hacer cumplir.

Antes de hablar del "nuevo" acuerdo sobre Gaza, conviene aclarar que, en realidad, no se trata de un pacto nuevo, sino de un mecanismo para poner en práctica el acuerdo alcanzado el pasado mes de octubre.

Para entender cuál puede ser el destino de este acuerdo, es necesario recordar qué ocurrió con el anterior. Aquel consiguió disminuir la guerra de exterminio y el desplazamiento masivo de la población. El Consejo de Seguridad de la ONU aprobó la Resolución 2803, que respaldó el plan estadounidense, y se creó un Consejo para la Paz junto con un comité administrativo palestino encargado de la gestión de Gaza, aunque Israel sigue impidiendo hasta hoy la entrada de ese comité en la Franja.

Hamás, por su parte, cumplió sus compromisos en relación con el alto el fuego y el intercambio de prisioneros. Más tarde disolvió el Comité Gubernamental de Emergencia y manifestó su disposición a transferir la administración de Gaza al comité administrativo palestino.

El movimiento también mostró una flexibilidad. Planteó la posibilidad de una tregua de larga duración, de hasta quince años, y suavizó su posición respecto al armamento, llegando incluso a aceptar que las armas fueran almacenadas y entregadas gradualmente al comité administrativo palestino. Además, renunció a exigir el cumplimiento íntegro de la primera fase antes de iniciar la segunda, aceptando que ambas se desarrollaran de forma paralela y equilibrada, siempre que Israel comenzara a aplicar medidas concretas, especialmente en materia de ayuda humanitaria.

Sin embargo, el Gobierno israelí no cumplió la mayor parte de los compromisos correspondientes a la primera fase y mantuvo su exigencia de que el desarme fuera la prioridad absoluta. Tampoco respetó el protocolo humanitario: a Gaza solo llegó aproximadamente un tercio de la ayuda prevista, mientras Israel siguió controlando estrictamente la entrada y salida de personas y mercancías. Incluso impidió que la mayoría de los heridos abandonaran la Franja para recibir tratamiento médico, poniendo directamente en peligro sus vidas.

Paralelamente, Israel amplió su presencia militar y ocupó nuevas zonas, hasta controlar cerca del 70 % del territorio de Gaza, frente al 53 % que dominaba cuando se firmó el alto el fuego. Durante ese período murieron alrededor de 1.300 palestinos, unos 3.500 resultaron heridos y miles de viviendas e infraestructuras fueron destruidas. Además, se levantaron nuevas bases militares, fortificaciones de arena y hormigón, se profundizó la fragmentación territorial de la Franja y se promovió una milicia local afín a Israel con el objetivo de generar desorden y divisiones internas.

Varios ministros israelíes, incluido el titular de Defensa, han declarado abiertamente que desean mantener la guerra, el desplazamiento de la población, la ocupación y la colonización, incluso en el supuesto de que Gaza quedara completamente desarmada.

Esta postura responde a que Israel aceptó el plan estadounidense únicamente por la presión ejercida por el presidente Donald Trump, quien consideraba necesario frenar el

deterioro internacional provocado por la estrategia del Gobierno israelí. La guerra, desarrollada sin una salida política viable, ha dañado gravemente la imagen de Israel, ha incrementado su aislamiento y ha debilitado su narrativa ante la comunidad internacional.

Mientras tanto, la causa palestina ha adquirido una dimensión global como símbolo de la lucha por la libertad y la justicia. Incluso en Estados Unidos aumenta el apoyo a los derechos palestinos, especialmente entre los jóvenes, mientras disminuye el respaldo a las políticas israelíes. Una encuesta reciente indicaba que la mitad de los estadounidenses apoyaba la detención de Benjamin Netanyahu durante su última visita al país en cumplimiento de la orden internacional de arresto emitida contra él.

Escenarios posibles

1. Aceptación formal y bloqueo en la práctica

El escenario más probable, es que Israel acepte el acuerdo únicamente de forma nominal, pero lo vacíe de contenido imponiendo condiciones y reservas, como ocurrió cuando Ariel Sharon aceptó la llamada "Hoja de Ruta" acompañándola de catorce objeciones que acabaron anulándola en la práctica.

Incluso antes de su aprobación definitiva, el Gobierno israelí podría intentar socavar el acuerdo, como demostrarían las operaciones militares llevadas a cabo el pasado domingo 2 de agosto, cuando se esperaba una reducción de los ataques.

Entre las condiciones que previsiblemente impondría Israel figuran la entrega inmediata de todas las armas, el rechazo a la participación de Qatar, Turquía u otros países sin tratado de paz con Israel en la fuerza internacional de estabilización, así como la exigencia de mantener plena libertad de actuación militar incluso en las zonas donde esa fuerza estuviera desplegada.

También podría retrasar la transferencia de la administración de Gaza alegando que gran parte de los funcionarios pertenecen o fueron nombrados durante el gobierno de Hamás, pese a que excluir a las instituciones existentes dificultaría seriamente cualquier proceso de reconstrucción.

A ello se suma la falta de financiación suficiente para el Consejo encargado de la paz y la reconstrucción y las dudas de algunos países sobre participar en una misión que Israel pretende convertir en un instrumento de seguridad, mientras esos Estados defienden un papel estrictamente orientado al mantenimiento de la paz.

Todo ello apunta, a una estrategia de retrasos y dilaciones que permitiría a Israel condicionar cualquier retirada a nuevas exigencias políticas y de seguridad.

2. Aplicación efectiva del acuerdo

Este escenario dependería de que la Administración estadounidense, y especialmente Donald Trump, decidiera emplear toda su influencia para garantizar el cumplimiento del acuerdo.

Aunque es posible, se considera que resulta poco probable. Trump sigue necesitando el respaldo de Israel dentro de su estrategia regional frente a Irán y también el apoyo de los grupos de presión favorables a Israel, especialmente ante la proximidad de las elecciones legislativas de mitad de mandato y el descenso de su popularidad.

No obstante, si fracasa en otros frentes, como Irán, Ucrania o la economía, podría considerar el acuerdo sobre Gaza como uno de sus principales logros internacionales y esforzarse por asegurar su éxito.

3. Regreso a la guerra

El tercer escenario, aunque menos probable, contempla la posibilidad de una reanudación de la guerra si la situación regional se agrava o desemboca en un conflicto de mayor alcance.

Por el contrario, si las tensiones regionales concluyen mediante acuerdos negociados sin una victoria decisiva para ninguna de las partes, las posibilidades de volver a una guerra a gran escala serían mucho menores.

Conclusión

Estos escenarios seguirán siendo válidos hasta las próximas elecciones israelíes, cuyos resultados serán determinantes para el futuro del acuerdo.

Si la actual coalición de gobierno permanece en el poder, aumentarán las probabilidades del primer escenario. Si vence la oposición, especialmente bajo el liderazgo de Gadi Eisenkot, crecerán las opciones de aplicar el acuerdo, mejorar las relaciones con Estados Unidos y permitir una mayor participación de la Autoridad Palestina en Gaza bajo condiciones menos restrictivas.

Si las elecciones concluyen sin una mayoría clara, Israel entrará en una etapa de incertidumbre política en la que todos los escenarios permanecerán abiertos y el peso de los factores externos, especialmente el de Estados Unidos, será aún mayor.